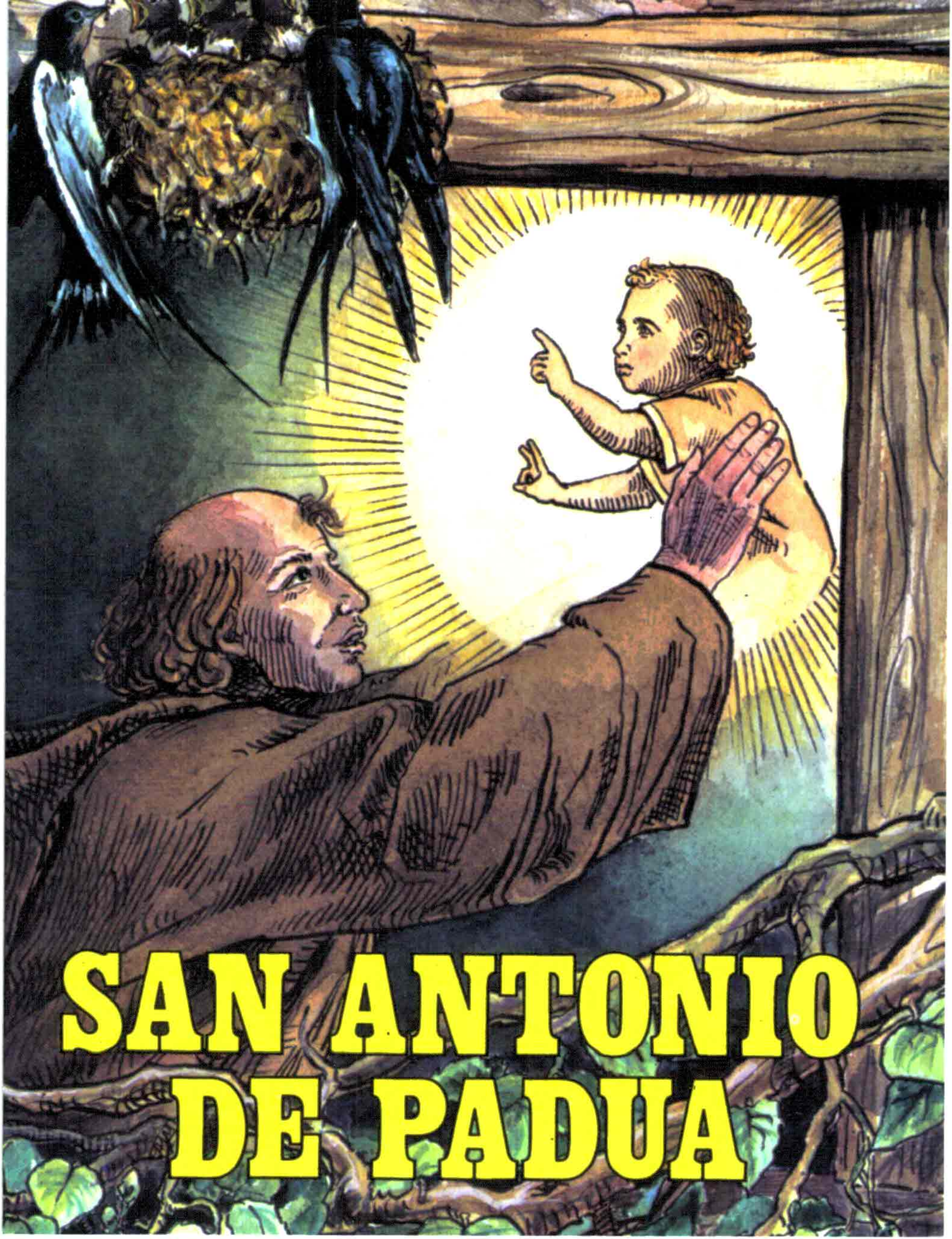


SAN ANTONIO DE PADUA

VIDA DE SAN ANTONIO DE PADUA

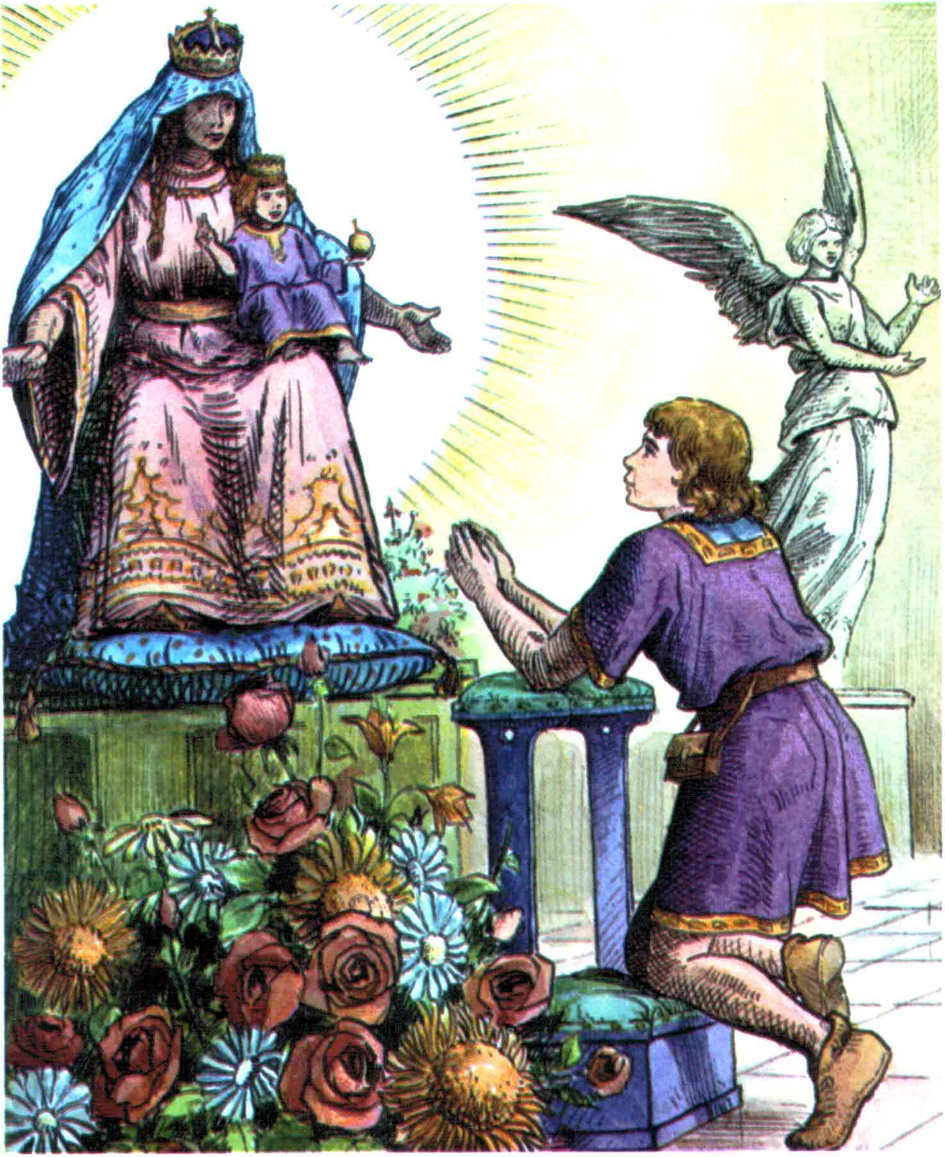
Por

FRAY ANTONIO CORREDOR GARCIA
O.F.M.

Ilustraciones de CECS INFANTE SILVIA

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica. ISBN: 978-84-7770-319-8. Depósito legal: SE 3.588-2012.



En el palacio de Don Martín de Bullón y Doña Teresa de Tavera que se alzaba muy cerca de la catedral, en Lisboa, reinaba gran alegría.

Era el 15 de agosto de 1195, festividad de la Asunción de Nuestra Señora. En aquel cristiano hogar había nacido un niño, a quien llamaron Fernando, el cual, andando el tiempo, había de ser el famoso San Antonio de Padua.

Su madre le enseñó a pronunciar el nombre de María, y a cantar, ya mayorcito, el himno: « ¡Oh, gloriosa Señora!»

Así, cuando contaba sólo cinco años, ante una imagen de la Virgen, le consagró su cuerpo, haciendo voto de virginidad.

Ingresó luego en la Escuela de la Catedral, dando ejemplo de toda clase de virtudes.

Estudiaba, pensaba en Dios, ayudaba a misa y cantaba en el coro las alabanzas divinas.

Envidioso el diablo de tanta inocencia, se le apareció un día en forma espantosa, a ver si lo apartaba de la vida de piedad.

Hizo el niño la señal de la Cruz sobre el mármol y allí quedó grabada para siempre. La visión infernal había desaparecido.

SILVIA

Otro hecho extraordinario de su infancia es el milagro de los pajaritos.

Un día lo llevó su padre al huerto que la familia poseía en las afueras de Lisboa. Y le encargó que, mientras él iba a misa, espantara las aves, para que no perjudicaran el sembrado.

El niño obedeció gozoso, como debe ser. Pero, cansado ya de tanto correr para arriba y para abajo, y como deseaba rezar sus oraciones en una ermita que allí cercana había, se le ocurrió una idea, que, con la ayuda de Dios, realizó milagrosamente.

Era encerrar los pájaros de aquellos contornos en una habitación. Y así lo hizo.

Vuelve su padre, no ve a Fernandito y lo busca ansiosamente por todas partes, hasta que, por fin, lo encuentra en la capilla en oración.

Le preguntó en seguida si había cumplido su encargo. Y el niño, tomándolo de la mano, le dijo:

—Papá, ven y verás dónde los tengo encerrados.

Y le enseñó una habitación repleta de alegres y alados cantores.

El padre quedó admiradísimo, y dio gracias a Dios en su corazón por aquel tesoro de hijo que le había concedido.

Fernando creció y era ya un apuesto joven de quince años, dotado de muy bellas cualidades.

Deseando huir del mundo y consagrarse a Dios, ingresó en los Canónigos Regulares de San Agustín de Lisboa.

Luego pasó a Coimbra, donde se dedicó al estudio de las ciencias sagradas y a la perfección del espíritu.

A la Abadía de Santa Cruz, donde él moraba, iban a pedir limosna los Franciscanos del próximo Convento de Olivares.

Trabó con ellos fraternal amistad. Y aquel hábito humilde, aquella vida de extrema pobreza, lo entusiasmaban. Y también quería ser franciscano.

Pronto sería realidad este gran deseo de su alma.

Pasaron por allí cinco religiosos que San Francisco de Asís mandaba a predicar a Marruecos.

A los pocos meses los martirizaron los sarracenos y trajeron sus reliquias a Portugal, siendo depositadas, providencialmente, en la Abadía de Santa Cruz, para hacerles solemnes exequias.

A su vista, el joven Fernando se enardeció en ansias de martirio, y pide a los Franciscanos el hábito de su Orden, pues quería ser mártir como aquellos cinco Hermanos.

Cambia la blanca túnica de los Canónigos de San Agustín por el pardo sayal de San Francisco, y toma el nombre de Fray Antonio.

Se embarca para el África. Pero cae enfermo y una tempestad lo lleva hasta Sicilia.

En mayo de este año de 1221, llega a Asís, donde se encuentra con San Francisco y cinco mil frailes más, en el llamado Capítulo de las Esteras.

El Padre Gracián, Provincial de la Romaña, lo lleva consigo y lo destina al eremitorio de Monte Paulo.

Todos ignoraban el don de ciencia y santidad que San Antonio poseía. Pero un hecho providencial pondría al descubierto sus estupendas cualidades.

Acudieron a Forli religiosos Franciscanos y Dominicos para recibir las órdenes sagradas. El Padre Provincial dijo a San Antonio que, como sacerdote, dirigiera la palabra a los circunstantes.

Al principio lo hizo con cierta timidez, pero después brotó de sus labios tal torrente de elocuencia y doctrina, que todos quedaron admirados.

San Francisco lo nombra Profesor de Teología de los frailes y le da el cargo de Predicador. Así que, con gran éxito, comienza a evangelizar la Romaña, la Lombardía y sigue por el mediodía de Francia.

También predica en Roma ante el Papa y los Cardenales, y Gregorio Nono lo llama «Arca del Testamento».

En, Rímini había muchos herejes, y con ellos discutía San Antonio acerca de las verdades de nuestra fe. Pero se reían de él.

Hasta que un día les dijo que iba a predicar a los peces, ya que ellos rehusaban la divina palabra.

Se acerca al mar y comienza a hablarles de los beneficios que de Dios habían recibido.

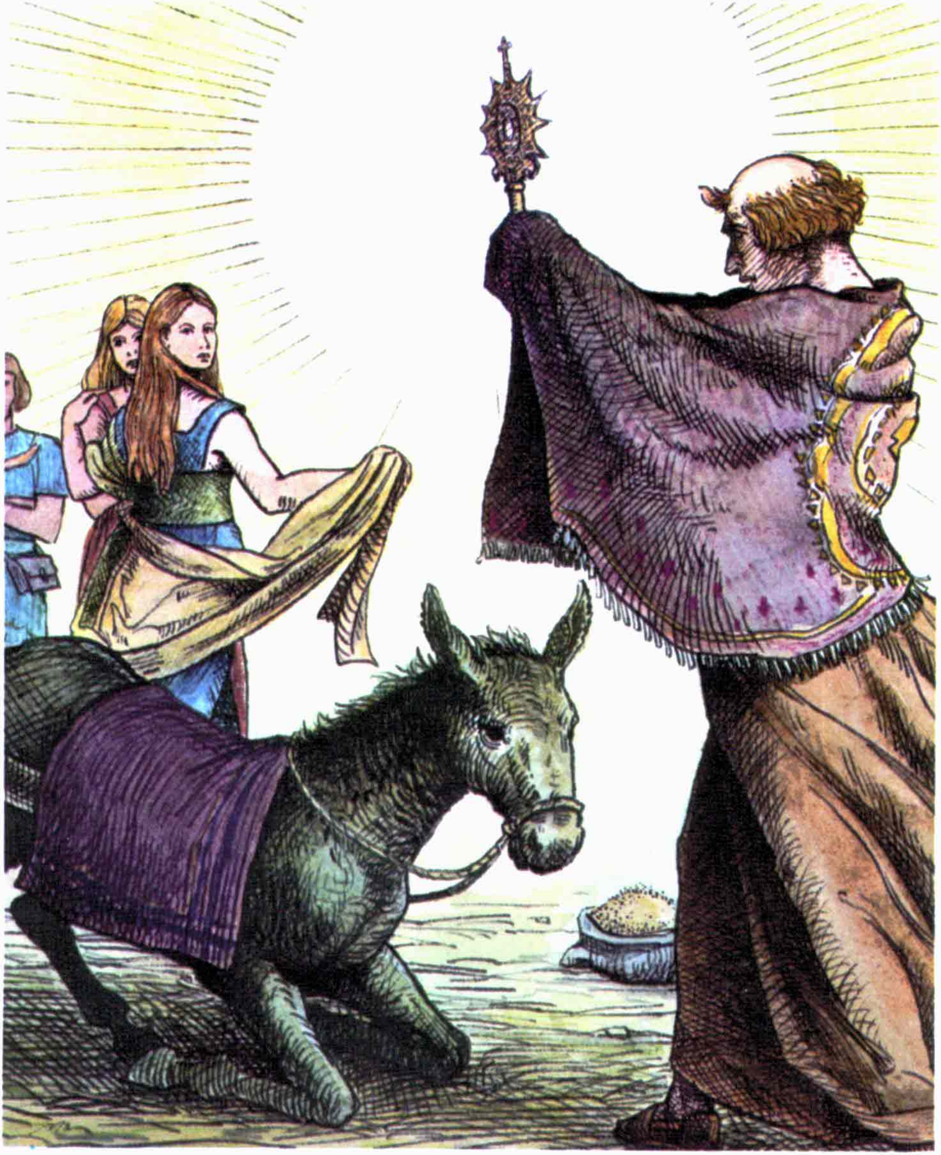
Una inmensa multitud de peces de todos los tamaños acuden a escuchar a San Antonio, poniéndose delante los pequeños y detrás los más grandes.

Enterados de la noticia, incrédulos y herejes acuden también y contemplan el milagroso espectáculo.

Se postran ante el Taumaturgo y le piden perdón, convirtiéndose todos a la verdadera fe.

San Antonio despidió a los peces, dándoles la bendición. Y los fieles daban gracias a Dios, porque tales maravillas realizaba por medio de sus elegidos.

Sigue nuestro Apóstol obrando prodigios en todas partes, fundando conventos, socorriendo a los enfermos y necesitados, poniendo en paz a los pueblos, siendo el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos y el abogado de las cosas perdidas.



En Tolosa, un hereje llamado Guyard rechazaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Y propuso a San Antonio lo siguiente: «Yo creeré que el cuerpo de Jesucristo se halla realmente en la Eucaristía, si mi mula se postra delante de la Custodia que vos traeréis a la plaza pública. Yo la quedaré tres días sin comer y le ofreceré avena en ese instante. Si se prosterna ante el Sacramento, me daré por vencido y renunciaré a mis creencias».

Acepta el Santo la proposición, y pide a Dios manifieste su poder para gloria suya y bien de las almas.

Católicos y albigenses se reúnen en la plaza el día convenido.

Reinaba gran expectación, pues estaban todos deseosos de ver ya el resultado de esta lucha entre el Franciscano y el hereje Guyard.

¡Oh, estupendo milagro! Aunque la mula llevaba tres días sin comida y ahora el amo le ponía el pienso delante, cayó de rodillas delante del Santísimo Sacramento y no se levantó hasta que San Antonio depositó la Sagrada Forma en el sagrario de la próxima iglesia.

Además del dueño de la mula, otros muchos herejes se convirtieron y costearon la edificación de una iglesia en el lugar del prodigio.

Predicando, en otra ocasión, a una gran muchedumbre, las ranas de una charca vecina, con sus monótonos y continuos cantos, impedían que el Santo se dejara oír.

Llegóse a ellas San Antonio y les mandó que se callaran, lo que hicieron instantáneamente, guardando absoluto silencio todo el tiempo que duró el sermón.

Con estos milagros, con su fama de santidad y elocuente oratoria, arrastraba nuestro Santo a las muchedumbres.

Suspendíase el trabajo, se cerraban los hogares y las iglesias eran incapaces para albergar tanta gente, por lo que tenía que predicar en pleno campo, llegando, a veces, a tener en su auditorio hasta treinta mil oyentes.

Los efectos de este apostolado eran de sorpresa. Los pecadores, arrepentidos, imploraban la misericordia del Señor. Se reconciliaban los enemigos y los ladrones y usureros devolvían lo mal adquirido.

Los confesores, por muchos que hubiera, se reconocían insuficientes para atender a tantas almas que pretendían volver al buen camino.

Poseía también el don de lenguas. Podía encontrarse, a la vez, en dos lugares. El porvenir era visible a sus ojos. Las enfermedades y la muerte lo obedecían.

Era admirable su poder sobre los elementos y la naturaleza.

Se hallaba en Francia predicando.

En la ciudad de Puy-en-Velay, un notario llevaba una vida bastante escandalosa.

El Santo, a pesar de eso, siempre que se encontraba con él, se descubría y le hacía una profunda reverencia.

El notario, imaginándose que era una burla, se encaró un día con él, y le dijo:

—¿A qué vienen esas tonterías? Si no fuera porque creo en Dios, aquí mismo te atravesaría con mi espada.

—No es burla, hermano mío. Yo había pedido al Señor la gracia del martirio y no me la ha concedido. En cambio, me ha sido revelado que tú serás algún día mártir de Cristo. Cuando llegue esa bendita hora, acuérdate de mí.

El notario no pudo contener la risa.

Pero, años después, el Obispo de Puy determinó pasar el Oriente para enseñar la verdadera Religión.

Movido de sobrenatural impulso, el notario lo acompañó. Predicó a los secuaces de Mahoma las verdades de nuestra fe, y los muslines le dieron muerte, en medio de los más atroces tormentos.

Se acordó entonces de San Antonio y proclamó su santidad, contando a los cristianos que le rodeaban la profecía sobre su martirio.

En Lisboa, dos familias de la nobleza se odiaban irreconciliablemente.

El hijo de una de ellas mató al hijo de la otra, precisamente frente a la casa del padre de San Antonio.

Para evitar toda sospecha, arrojó el cadáver, por encima de la tapia, a un huerto adjunto a la casa. Y allí lo enterró.

Por el reguero de la sangre y demás circunstancias, recayó la culpa del asesinato sobre el padre de San Antonio, el anciano Don Martín, el cual fue detenido por la justicia.

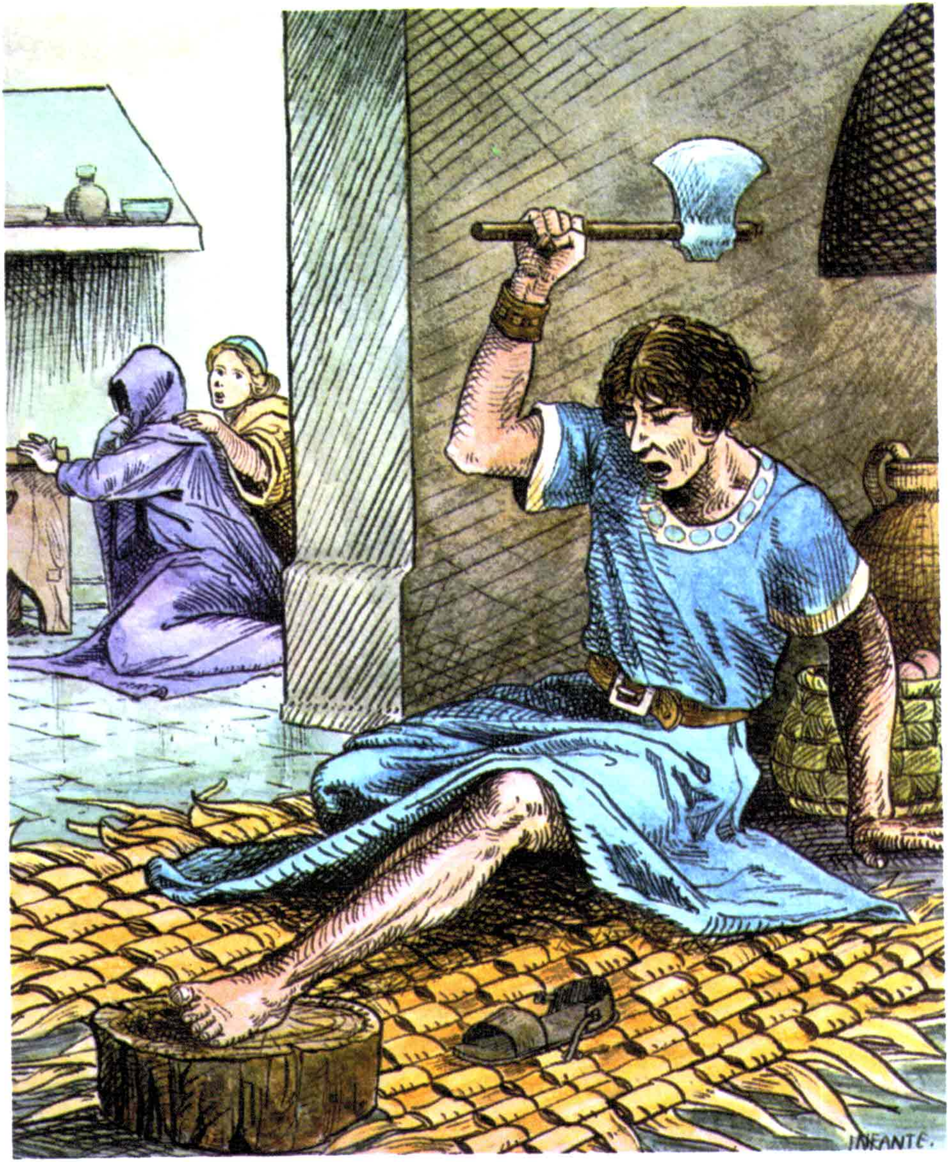
Ya podemos suponer la consternación de toda la familia. Y lamentaban, sobre todo, que San Antonio no estuviera allí para defenderlos.

Pero Dios todo lo sabe. Y reveló al Santo, que, a la sazón, se hallaba en Padua, lo que acontecía a su querido padre.

Por un milagro de bilocación, se traslada, en un abrir y cerrar de ojos, a la sala de la Audiencia, en Lisboa, y hace la defensa del autor de sus días.

Como testigo, puso al mismo asesinado. Van al lugar de la sepultura y la descubren. El difunto, con voz de ultratumba, negó que el padre de San Antonio fuera su asesino.

Los jueces, conmovidos, revocaron, naturalmente, la sentencia.


INFANTE.

San Antonio amó mucho al Niño Jesús, como indica el siguiente caso, acaecido en los últimos meses de su vida.

El Conde Tisso lo invitó a descansar unos días en su castillo. Le preparó una habitación muy apartada, para que el Santo pudiera dedicarse con más libertad a sus devociones. Por casualidad, pasó el Conde por allí, y vio un gran resplandor debajo de la puerta. Observa, curioso, por la cerradura, y, ¡oh, maravilla! Contempla cómo el Niño Jesús, rodeado de luz celestial, acaricia y abraza a San Antonio.

Desvanecida la visión, obligó el Santo al Conde Tisso a que no revelara tal gracia hasta después de su muerte. Así lo cumplió el Conde.

San Antonio tuvo conocimiento de su próximo fin. Para mejor prepararse, se retiró al eremitorio de Camposampiero.

Allí se hizo construir una choza sobre un nogal, entregándose a la oración y penitencia.

Agravándose en su enfermedad, fue conducido a Padua. Mas, temiendo por su vida, lo entraron en el Convento de Arcela. Pidió los Santos Sacramentos y entonó su himno favorito: « ¡Oh, gloriosa Señora!» Fijaba su vista en un punto del cielo, y le preguntó un religioso:

—¿Qué miras?

—Veo a mi Señor —contestó San Antonio.

San Antonio amó la inocencia y la pureza. Por eso ha favorecido siempre a la infancia y a la juventud. Veamos algunos casos.

Una madre le presenta a su hijo paralítico. San Antonio hace sobre él la señal de la Cruz y al instante empieza a andar.

Un padre afligido le pide la curación de su pequeña hija y en seguida es complacido.

Un joven, llamado Leonardo, se acusó ante el Santo de haberse portado muy mal con su madre, hasta tal punto que había llegado a darle con el pie.

San Antonio lo reprende, diciéndole que un pie que había ocasionado tal ultraje, merecía ser cortado.

El joven, arrepentido de su falta, toma esas palabras literalmente. Llega a casa y con un hacha se corta el pie culpable.

La madre, ante tal escena, loca de dolor, acude a San Antonio. Va el Santo a casa, toma el pie, lo une a la pierna, hace la señal de la Cruz y queda el joven completamente sano.

A otro joven, a quien hacían las exequias en la parroquia, lo resucitó, gritando, desde el púlpito: «Joven, levántate». Y se fue a abrazar a sus atónitos familiares.

Con una sonrisa celestial en su rostro, expiró dulcemente, volando su alma a la celestial mansión.

Su muerte aconteció el viernes 13 de junio de 1231, a los 36 años de edad.

En ese momento, los niños de Padua, como impulsados por un resorte interior, salieron a la calle gritando: «¡Ha muerto el santo! ¡Ha muerto el santo!».

9 788477 703198